

vos y mil quinientos galeotes (1). Este acontecimiento revela un abuso que indica la proximidad de la decadencia. Los capitanes de las galeras reales hacían el comercio y el contrabando por su cuenta y llenaban sus bodegas de mercancías que trasportaban entre Italia y España. Los buzos de la Herradura sacaron por valor de más de doscientos mil doblones, en géneros varios que nadie se atrevió á reclamar por no confesarse cómplice del fraude, y fueron confiscados por la corona (2).

Los turcos creyeron ver la mano de Dios en esta serie de desgracias y resolvieron expulsar á los españoles de la costa de Africa (3).

Estos no ocupaban ya allí, á principios de 1563, más que el fuerte de la Goleta cerca de Mers-el-kebir y Melilla en Marruecos. Los turcos partieron de Argel en abril de 1563, haciéndose acompañar de caballería árabe al mando de los caides de Constantina, Milianah y Tremecen y fueron á embestir á la vez á Oran y Mers-el-kebir.

Estas plazas estaban mandadas por dos hijos del conde de Alcaudete, que había muerto algunos años ántes cerca de Mostagan; pero el menor de ellos, don Martín de Córdoba, fué quien sostuvo en Mers-el-kebir todo el empuje de los sitiadores (4) con una guarnición de doscientos hombres. Esta lucha novelesca de doscientos hombres contra veinticuatro mil, exigía una fuerza moral que sólo sostenía la idea del honor, el sentimiento religioso y las tradiciones militares; lucha que se renovaba todos los días en las brechas al arma blanca por brazos debilitados por las privaciones y el insomnio. Más afortunados que los soldados de Sande, los de don Martín de Córdoba tenían á lo ménos agua en sus cisternas; pero veían con pesar que disminuían rápidamente los víveres y en vano tendían la vista al extremo horizonte para vislumbrar una escuadra de socorro.

Mers-el-kebir es hoy una ciudad francesa que se extiende alrededor del castillo viejo en las pendientes de la roca levantada á un extremo de la rada; el otro extremo es un contrafuerte de la montaña llamada hoy Santa Cruz, que separa esta rada de la de Oran. Entre los dos, para defender en lo hondo de la rada el camino

(1) *Doc. inéd.* tom. I, pág. 285, Martín de Eraso al rey, de la Herradura, 24 oct. 1562. Los editores de este fragmento de los *Documentos inéditos* han puesto por error 1572 en lugar de 1562.

(2) Ms. Rec. of. n.º 1097, Challoner to Cecil, 21 nov. 1562.

(3) *Negociaciones en el Levante*, tom. II, pág. 718, Petremol á Boistailé, enero de 1563.

(4) Cabrera, tom. I, pág. 359 á 384. — San Miguel, tom. II, página 48.

de Oran á Mers-el-kebir, se alzaba entonces el fuerte de San Mateo. Este es el punto que los turcos atacaron desde un principio. Después de muchos asaltos, los treinta únicos sobrevivientes de los defensores se retiraron una noche con sus víveres á Mers-el-kebir, viniendo á recobrar energía al lado de don Martín. Pero la evacuación del fuerte de San Mateo no amenguó ni mucho ménos el valor de los defensores de Mers-el-kebir, que habían rechazado ya once asaltos (5). Las mujeres acarrearán la tierra y demás materias para reparar las brechas y preparaban las municiones para los mosquetes (6). Después de uno de estos once asaltos, tuvieron que cargar los turcos ocho galeotas de heridos que dirigieron á Argel (7).

En medio de esto, se hallaba tan agotada é inerte España que, con estar tan cerca, no pudo enviar, hasta bien pasados dos meses, una flota de socorro al mando de su mejor marino el conde de Santa Cruz (8). Estaba ya reducido el presidio á la sazón á ciento treinta hombres con víveres para cuatro días. No estaba en mejores condiciones la guarnición de Oran (9); pero el ejército enemigo había sufrido más aún, y se dió buena prisa á levantar el sitio y retirarse por tierra, abandonando su artillería (10).

La salvación era tardía, y había estado mucho tiempo incierta para que los hugonotes de Francia hubieran podido pensar que un nuevo desastre desviara del continente la atención de Felipe. «Parecía á los herejes, escribe de Francia el embajador español (11), que mayor bien no les puede venir que ver á V. M. ocupado en cosas que le diviertan de procurar el bien de la cristiandad.» Hasta fueron acusados los marseleses de haber enviado vituallas á los sitiadores turcos; pero fueron disculpados por Catalina, que participó á Felipe las órdenes dadas á los comerciantes de Marsella para que se guardaran de traficar en adelante con los de Argel, ni autorizar nada de contrabando (12).

V.—Toma del Peñon de Velez

Luégo que los fuertes de Oran fueron libertados sin combate, una división de la escuadra española á las órdenes de don Sancho de Leiva,

(5) Herrera tom. I, pág. 132.

(6) *Id.* pág. 133.

(7) Carta de Felipe II al obispo de Aquila, 15 junio 1563.

(8) El 8 de junio.

(9) Ms. Rec. of. n.º 901, Challoner to the queen, 15 jun. 1563.

(10) Carta de Felipe II al obispo de Aquila.

(11) Ms. Arch. nac. K. 1500, pieza 77.

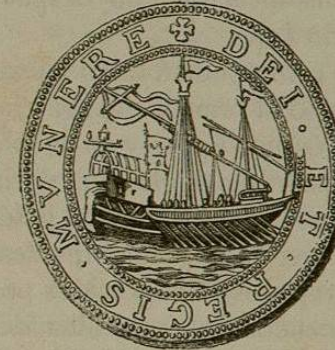
(12) Ms. Bibl. nac. 3162, fol. 26, Saint Sulpice al rey.

general de las galeras de Nápoles, hizo rumbo al Peñon de Velez, puerto militar de Fez que el gobernador de Melilla (1) indicaba como el más peligroso albergue de piratas. El almirante español cambió algunos cañonazos con los fuertes del Peñon, pero no se consideró con fuerzas bastantes para intentar un desembarco (2) y se retiró á las aguas de Málaga, que alcanzó á duras penas, después de un temporal que maltrató sus galeras (3).

Este nuevo fracaso reanimó de tal modo la audacia de los musulmanes que se atrevieron á desembarcar en España y á saquear el puerto de Valencia (4). Obstinóse Felipe en una expedición bastante inútil al Peñon de Velez, y se consagró durante todo el invierno y parte de la estación siguiente á reunir fuerzas irresistibles en el puerto de Málaga. Púsolas á las órdenes de don García de Toledo, *hombrezuelo harto enojoso* (5), pero dotado de talento de



Medalla de J. Andrés Doria



organización. Don García comenzó por descubrir que en los largos preparativos de la campaña se había olvidado la pólvora (6): En cuanto á los soldados que traigo de los presidios de Italia, añadía, tan disciplinados están que se han ido á sus casas más de seiscientos, y si no hubiera tomado la precaución de retenerlos á bordo de los navíos, habrían desaparecido todos. Por fin dió la orden de zarpar el 29 de agosto, llevando á sus órdenes seis mil españoles, dos mil alemanes y mil doscientos italianos y cien galeras de España, de Doria, del Papa, de Malta y de Toscana. Se le reunió en la mar una escuadra portuguesa y desembarcó el 1.º de setiembre con víveres para tres días. Al siguiente se apoderó del castillo de Alcalá que dominaba la llanura y lanzó la caballería ligera á las órdenes de don Juan de Villarreal, contra el arrabal no fortificado de Velez. Embestia así el punto ménos defendido, el Peñon de la Gomera, que la artillería no podía alcanzar desde la mar. Mandó poner en batería en un molino, seis cañones que en pocas horas abrieron una brecha bastante amplia para que los sitiados juzgaran prudente evadirse á la sordina durante la noche, y el 8 de se-

tiembre sólo quedaban trece hombres en la plaza. Don García de Toledo hizo en ella su entrada, reparó las fortificaciones, dejó una guarnición de mil trescientos hombres y volvió á Málaga, donde recibió el título de virrey de Sicilia (7).

Este rudo soldado mantenía con tanta barbarie como mala fe, entre los esclavos turcos encadenados al remo, algunos soldados franceses, prisioneros de guerra hacia tres años. Ni la paz, ni las instancias de la reina de Francia fueron parte á que se diera libertad á estos infelices. Cogidos con las armas en la mano en nuestras guerras contra Carlos V en 1551, los jóvenes franceses habían sido amarrados á un banco, donde remando envejecían los que no remataba la muerte. Antes de la llegada de don García de Toledo, hubo de renovar sus instancias nuestro embajador (8). — «En cuanto á la libertad de los soldados franceses detenidos en sus galeras, el rey me dice que la falta de esto no debe imputarse sino á la fortuna, como quiera que después de haber firmado la orden para que el general de las galeras los pusiera en libertad, el dicho general había muerto y no habiendo proveído aún el cargo, había quedado así el asunto.» — Don García conservó los prisioneros franceses bajo varios pretextos y los

(1) Don Pedro Venegas.

(2) Cabrera, tom. I, pág. 394.

(3) Ms. Rec. of. n.º 1132, Challoner to the queen, 14 ag. 1563.

(4) Cabrera, tom. I, pág. 397. Sabido es que este puerto es el Grao de Valencia.

(5) Ms. Bibl. nac. franc. 16103, fol. 197, el obispo de Limoges á la reina.

(6) *Doc. inéd.* tom. XXVII, pág. 452.

(7) Se han consultado sobre este sitio: *Doc. inéd.* tom. XIV, página 505 á 540; tom. XXVII, pág. 398 á 560, y tom. XXVIII, página 570. — Cabrera, tom. I, pág. 397 á 412; Ms. Rec. of. n.º 637, del 28 ag. 1564.

(8) Ms. Bibl. nac. franc. 3162, fol. 51, Saint Sulpice al rey, 3 de enero 1564.

llevó al Peñon de Velez (1), sin haberles dado suelta á su regreso tampoco. El rey prometió dar órdenes y las daría acaso (2), pero acaso tambien no llevara á mal la desobediencia de sus capitanes de galeras. Despues de diez y seis años de esta esclavitud, decia aún Felipe II: «He de mandarlos restituir, y soltar, y poner en libertad» (3). Muchas palabras y pocas obras, ni más ni menos que dijo hace seis años, escribe Forquevaux, lo que no impidió que se renovara la instancia un año despues con el mismo resultado (4).

Es difícil concebir cómo podían séres humanos resistir tanto tiempo al remo en una galera. Cien años más tarde, en una época y en pueblo ménos rudo que el español del siglo xvi, decia una princesa, cuando se le mostraba una galera (5): Es horroroso ver tantos hombres desnudos ó poco ménos, rapados, ennegrecidos por la intemperie, encadenados: es una idea del infierno que da horror á la vez que lástima.— Los remeros de las galeras españolas eran forzados ó esclavos: estos últimos eran vendidos cuando llegaban á la vejez ó se inutilizaban; pero los forzados (6) no siempre eran puestos en libertad cuando habian cumplido su condena (7). Las instrucciones prescribian al cómitre no azotar con su látigo á los remeros sin motivo, por ser más útil que estuvieran de buen humor, ni darles comida malsana, por cuanto harian mejor servicio en buena salud. En lugar de vino era preferible distribuirles galleta con aceite y vinagre, y se prohibia confiar á los poco diestros los remos largos para que en las maniobras no hirieran á sus inmediatos (8). A este régimen estaban pues sometidos los prisioneros de guerra franceses en las galeras de Felipe II, sin que fuera posible sustraerlos á tan injusto como bárbaro castigo, despues de hecha la paz.

VI.—Liberacion de Malta

Despues de los desproporcionados esfuerzos hechos sobre el Peñon de Velez, solicitada la atencion de Felipe II por otras dificultades en

(1) *Doc. inéd.*, tom. XXVII, pág. 461, Don García al rey.

(2) Ms. Bibl. nac. 10751, fol. 73, Forquevaux al rey.

(3) *Ibid.* fol. 970.

(4) *Ibid.* fol. 1078.

(5) Mlle. de Montpensier, *Memorias*, ed. Cheruel, tom. III, página 434.

(6) *Doc. inéd.*, tom. XXVIII, pág. 398, Instrucciones del rey Felipe III en 1603.

(7) *La Garduña de Sevilla*, pág. 171. «Le pusieron á servir sin sueldo al gran monarca de las Españas todo el tiempo á que fué condenado y aun algo más.»

(8) Véanse las instrucciones de Felipe III, y la *Armada naval*

Europa, se desvió de los negocios de Oriente en el momento mismo en que los otomanos concentraban todas sus fuerzas en el Mediterráneo. Por fortuna, el hombre de guerra que acababa de dar con tanto vigor como presteza el golpe de mano en el puerto militar de Fez, don García de Toledo, estaba al corriente de los recursos navales que acumulaban los turcos en Constantinopla para una expedición aún desconocida (9). Poseía, en efecto, la primera cualidad de un general, la actividad, don raro en todas partes. Escribió muchas cartas al rey para obtener caudales (10), hizo fabricar grandes acopios de galleta y animó á toda la Sicilia con su energía. A principios de febrero, nadie dudó ya de que los turcos se decidían á hacer un poderoso esfuerzo contra Malta; el gran maestro de San Juan pidió á Felipe II trigo y soldados (11).

Los caballeros hospitalarios de San Juan, despues de una famosa defensa, habian sido arrojados de Rodas por los turcos, cuarenta y tres años ántes. En la época de aquel desastre tenian por gran maestro al francés Villiers de l'Isle-Adam, soldado tan audaz como hábil diplomático. Consiguíó obtener de los soberanos de Europa que no fueran confiscadas las encomiendas por las diversas coronas con el pretexto de haber dejado de existir la orden, y supo tambien interesar á Carlos V en favor de un instituto que combatía por la libertad del Mediterráneo. Despues de ocho años de negociaciones en todas las cortes, Villiers de l'Isle-Adam habia salvado las rentas de su orden y obtenido del emperador la cesion de la isla de Malta, mediante la renta anual de un halcon por todo derecho de señorío feudal.

Despues de Rodas, perdieron á Trípoli los caballeros de San Juan: el jefe de los defensores de Trípoli fué elegido para el cargo de gran maestro, cuando los caballeros pudieron pensar que serian atacados en Malta, su último refugio: era este jefe Juan Parisot de la Valette de la nacion de Francia (12).

del capitán Pantero Pantera, gentil. comasco. Roma. Egid. Spada, 1614.

(9) *Doc. inéd.*, tom. XXIX. Don García, durante la expedición de Carlos V en 1550, habia tomado y destruido á Mahadia en la costa de África.

(10) *Ibid.* tom. XXVI, pág. 28.

(11) *Ibid.* pág. 51, el gran maestro al rey, 17 feb. 1565.

(12) Elegido en 1557. Su nombre ha quedado con esa ortografía (*Jean Parisot*) pero firmaba siempre *Jehan de Valetet*, maestre del hospital de Jerusalem. V. *Doc. inéd.*, tom. XXIX, donde hay un facsímil y tambien dos cartas del 15 de enero de 1561 á Catalina de Médicis y á Carlos IX, que están en Ms. Bibl. nac. 3159, fols 58 y 60. Nació en 1494. La pérdida de Trípoli fué en 1537.

La Valette no se limita á pedir ayuda á Felipe II, cuando ve que el peligro es inminente; llama á los caballeros ausentes, alista tropas auxiliares y los habitantes de la isla, emancipa y arma quinientos esclavos y repara las fortificaciones. Comprende que don García de Toledo es el único español que puede improvisar un ejército de socorro, llámalo á Malta y le muestra las murallas. Los fuertes se hallan en buen estado, escribe don García al rey; pero hay poca gente para defenderlos; si dejamos que los turcos los tomen, debemos renunciar á recobrarlos jamás (1). Don García presta á Malta cinco compañías de los aguerridos tercios de España, se cerciora personalmente de que Nápoles y el fuerte de la Goleta (2) se hallan en estado de defensa, envía á Malta trigo y dinero, obtiene del rey que se reunan cuatro mil hombres en Córcega (3), que se pidan galeras á Florencia, que el virey de Nápoles envíe tropas de su guarnición á Sicilia (4) y que el gran maestro reciba directamente de los puertos españoles galleta y dinero (5).

Este período de espera durante el invierno y la primavera ofrece un espectáculo que no carece de grandeza. Una catástrofe es inminente, y los dos hombres que intentan conjurarla, don García de Toledo y Juan de la Valette, tienen que luchar con la lentitud, la indecision é inercia de un gobierno ya caduco. Si Malta cae en poder de los turcos, Italia, España, Provenza serán para ellos minas de esclavos. Los celos, el descuido multiplican los obstáculos ante los esfuerzos de dos hombres, y cuando el 18 de mayo un disparo de cañon desde el fuerte de San Telmo señala en el horizonte las primeras naves otomanas, España no está en aptitud de enviar socorros á los caballeros. «Tengo grandísimo descontentamiento, escribe don García (6), de ver que bastan los enemigos á hacer de nuevo una armada tan grande y venir en la cristiandad, dos mil seiscientas millas léjos de su casa, á los 18 de mayo, y que teniendo nosotros armadas las nuestras, no se haya bastado á hacellas venir á tiempo en este reino, y ni podido juntar las que han residido en Génova.»

(1) *Doc. inéd.* tomo XXIX, pág. 134, Don García al rey, 11 de mayo 1565.

(2) Cerca de Túnez.

(3) *Doc. inéd.* tomo XXIX, pág. 53 y 55, el rey á Gonzalo de Braquemont.

(4) *Ibid.* pág. 84, el rey al duque de Alcalá.

(5) *Doc. inéd.* tom. XXIX, pág. 90 y 93.

(6) *Ibid.* pág. 155. Don García á Eraso, 21 mayo 1565.

Los caballeros, por su parte, habian tenido más actividad que la cancillería española, y estaban preparados para el sitio. El fuerte de San Telmo separa dos radas: al O. la de *Musette*, que estaba poco defendida; y al E. la del puerto grande, llamada hoy la *Valette*. El puerto grande y la ciudad del *Borgo* estaban defendidos por los fuertes de *Sant Angelo* y *San Miguel*. Este conjunto de obras estaba ocupado por nueve mil hombres, incluidos setecientos caballeros. Pero el fuerte de San Telmo que era la base no podia contener más de seiscientos hombres con treinta cañones, que mandaba á la sazón el baile de Negropono.

Contra esta roca y estos seiscientos hombres vinieron á chocar, el 16 de mayo, todas las fuerzas de la Turquía, ciento ochenta galeras mandadas por Piali, el vencedor de los Gelves, y por Dragut, señor de Trípoli, y cien mil soldados, de los cuales eran genízaros catorce mil. Preciso fué emplear un mes entero en cañoneo y trabajos de aproche, ántes de intentar el primer asalto al fuerte de San Telmo. Pero á contar desde el 16 de junio los asaltos fueron continuos por espacio de una semana. El 23, cuando los turcos fuerzan en fin la entrada de la brecha, no encuentran más que nueve hombres vivos. Todas las noches hacia evacuar la Valette por mar los heridos y enviaba refuerzos, perdiendo así mil quinientos hombres incluso ciento veintitres caballeros. Los turcos se pusieron sin demora á reparar las fortificaciones de San Telmo, y dominando desde aquí las demás obras, prepararon el ataque del Borgo, cañoneando el fuerte de Sant Angelo desde alta mar, y el de San Miguel desde la rada.

«Si yo hubiera recibido el menor refuerzo, no habríamos perdido el San Telmo, escribe la Valette (7): allí he visto perecer lo más selecto de mis tropas. Enviaba así sucesivamente lo mejor de mis soldados á San Telmo, porque tenia la esperanza de ser socorrido; ya no puedo contar con los soldados que me quedan para defender los demás fuertes. Hemos recibido diez y seis mil cañonazos; no podemos resistirnos más de quince ó veinte días; estamos cercados por todas partes y esta será sin duda mi última carta» (8). Dirige sus ruegos al rey, á don García, al Papa, confía sus cartas á buzos ó nadadores y no cesa de pedir socorros. «Dragut ha sucumbido, pero nuestros últimos fuertes

(7) *Doc. inéd.* tom. XXIX, pág. 387 á 420.

(8) *Ibid.* pág. 413.

no pueden ya mantenerse: fuera del puñado de hombres que los defienden, no me quedan más que doscientos caballeros y ciento cincuenta soldados entre válidos y convalecientes. Las cisternas se agotan, los artilleros y las municiones escasean igualmente.»

La inacción de Felipe II consternó a la cristiandad. El rey ha perdido mucho de su renombre no socorriendo a Malta, escribe el embajador inglés (1) que se asombra del lujo de ayunos, procesiones y rogativas por Malta, mientras se deja la escuadra estacionada en Barcelona (2), sin dejar de recoger los lingotes traídos del Perú para negociantes españoles. Todavía muestra Catalina de Médicis menos solicitud para con los caballeros de la lengua de Francia que tan heroicamente sostienen el honor de su nación. Coincide precisamente esto con las audiencias secretas a aquel embajador turco cuya deshonrosa presencia fué tan lastimosamente confesada al duque de Alba.—¿No sería bueno pedir prestadas las galeras al rey de Francia? preguntaba el infatigable don García.—No es oportuno por ciertas razones aceptar esa idea, contestaba Felipe II (3). Estas razones son precisamente aquellas audiencias al agente turco, según lo anuncia un secretario de Estado al fogoso virey de Sicilia: Si a V. E. le parece, dice, que es obra del rey cristianísimo y que esta obra es honrada, puede hacerla saber a toda la cristiandad (4). Nuestra obra era peor todavía que lo que sospechaba la cancillería de Felipe II, como quiera que nuestro enviado en Constantinopla se vanagloriaba, mientras el fuerte de San Telmo sufría tantos y tan rudos asaltos, de haber garantizado al Gran Señor la buena voluntad del rey para con Su Alteza y la promesa de no hacer nunca nada en perjuicio de la buena inteligencia, y aún estaba orgulloso de haber hecho comprender la buena amistad del rey (5).

Entre las prolongadas devociones de los unos y las trapacerías de los otros, ello es lo cierto que la liberación de Malta no podía venir sino de manos de don García. Si no se socorre pronto a Malta, decía el de Toledo (6), dóila por perdida; pero no quiero el socorro de los

(1) Ms. Rec. of. n.º 1455, Phayre to Cecil, 3 set. 1565. El socorro había llegado cuando se redactó este despacho; pero se ignoraba en España.

(2) *Ibid.* n.º 1340. «The king has taken all.»

(3) *Doc. inéd.* pág. 161.

(4) *Ibid.* pág. 231, Perez a don García.

(5) *Negociaciones en el Levante*, tom. II, pág. 791, Petremol a Ferrier, 27 de junio de 1565.

(6) *Doc. inéd.* pág. 165.

mercenarios alemanes; se necesitan los agueridos tercios españoles. «Mi principal esperanza, después de la de Dios, añadia; porque este no es juego de jugarlo sino con cartas viejas, conocidas y señaladas, y no con soldados levantados de dos días. Nuestra nación ha de ser el fundamento y la piedra sobre que se ha de fundar esta máquina.» Y Felipe daba friamente la orden de enviar nuevos refuerzos a la Goleta (7), en la costa de Africa. Ante esta obcecación del rey está uno tentado a creer que en no siendo sobre sus posesiones, importábase poco que toda Turquía viniera sobre Malta. O bien, su odio a los franceses, se extendía a los caballeros de San Juan, casi todos franceses y mandados por un francés. El mismo don García (8) hacia a la Valette un cargo de su nacionalidad, y el año siguiente, cuando los que quedaban de la orden quisieron emigrar a Sicilia, no faltaron protestas sobre el peligro de establecerse tan gran número de franceses en posesiones españolas (9).

En fin el interés personal vino a triunfar de aquella somnolencia. Felipe está preocupado y aún temeroso de la idea sugerida por la Valette y don García, que entienden que las murallas mismas de Malta serán un grave peligro tan luego como se pierdan, por ser inexpugnables, defendidas por suficiente presidio, como los turcos se lo tendrían en cuidado (10); y con esto da órdenes para que se embarque toda la infantería del reino de Nápoles.

Pero la imprevision y el desorden hacen ilusorias estas órdenes durante muchas semanas, y no pueden trasportarse más que seiscientos hombres. Este refuerzo entra en el Borgo el 29 de junio, y el gran maestre en su apuro lo acoge con tal y tanto júbilo que corre por entre las filas abrazando a los soldados y llorando (11). Pero a esto se reduce todo: el poder de España, la actividad de don García, las órdenes del rey dan de sí sólo el refuerzo de seiscientos hombres.—Extraña cosa, señor; estar en agosto ya y no tener aún las galeras de España, dice con despecho don García (12).

Los seiscientos españoles acogidos con tanto júbilo disminuyen entre tanto bajo el fuego del enemigo y los continuos asaltos. Los polvorines

(7) *Ibid.* pág. 177, 3 de junio.

(8) *Ibid.* pág. 545, Don García al rey.

(9) *Doc. inéd.* tom. XXX, pág. 13.

(10) *Ibid.* tom. XXIX, pág. 247, Don García al rey, 5 de julio.

(11) *Doc. inéd.* tom. XXIX, pág. 276, Don García a Eraso, 14 de julio.

(12) *Ibid.* pág. 306, Don García a Eraso, 25 de julio.

estallan, las cisternas se agotan (1), los defensores quedan reducidos a un puñado de hombres extenuados de fatiga.

Pero estos tres meses de sitio y tan extraordinaria resistencia traen también la fatiga a los sitiadores. Sus cañones se inutilizan, los genízaros han sucumbido y van sucumbiendo las chusmas, víctimas de las enfermedades. La estación avanza, los asaltos flaquean, Malta se defiende aún. Los refuerzos de España, prometidos a primeros de julio, no han llegado todavía en setiembre.

Don García, sin embargo, no echa en olvido los seiscientos hombres enviados delante: para socorrerlos multiplica los esfuerzos e inspira actividad a los empleados más indolentes. Ya no recibe cartas de Malta: una nota de un caballero español dice el 22 de agosto (2): «Todavía quedan cuatrocientos hombres vivos: no perdais un momento.» Pero la estación de los vientos viénese encima a más andar, y es imposible salir de Sicilia. Don García logra en fin reunir una escuadra y un ejército de socorro, consistente en veintiocho galeras y diez mil españoles, mediano esfuerzo después de tantos meses. Pero, mal que le pese, ni esta ayuda puede allegar; quiere de todos modos tentar fortuna y se hace a la vela el 25 de agosto. Pocos marinos habían visto en su vida semejante tormenta (3). La flota es azotada por la tempestad espacio de diez días, y los soldados tienen que consumir parte de los abastos destinados a la isla. El 3 de setiembre es arrojada la escuadra a las aguas de Malta; pero la mar es tan gruesa que se hace imposible desembarcar, y hay que volver el día siguiente a las costas de Sicilia, donde a lo menos es posible repostarse de agua fresca.

¿Qué ha pasado en Malta durante este largo período de borrasca? Febril don García de Toledo no concede sino muy pocas horas para hacer aguada, fuerza la partida y es de nuevo maltratado por otra borrasca, hasta que el 7 de setiembre puede llegar a su destino después de diez y seis días de navegación. La infantería saltó en tierra a doce millas del enemigo, sin perder un remo, y en tan buen orden y silencio «como si hubiéramos sido sólo cuatro ó cinco galeras» (4). Don García pasó cuatro horas en

la playa para cerciorarse de que todo estaba en su punto. «No me partí dellos, dice, hasta que se retiró bien dentro en tierra toda la vitualla y municiones de pólvora, plomo y mecha y alguna cantidad de capas, palas y picos. Púseles en tierra bizcocho para mes y medio» (5). Andrés Doria pasó por entre la armada turca en su galera capitana, que había hecho ya la misma hazaña en los Gelves y previno al gran maestre el arribo de los españoles (6), mientras el resto de la escuadra volvía a Sicilia con don García a buscar víveres.

Había a la sazón dentro de los muros sitiados un centenar de soldados españoles, de los que habían llegado el mes anterior, sin un oficial siquiera (7).

Todavía se pierden tres días en maniobrar en la isla para acercarse al Borgo en presencia del ejército turco. Pero los turcos, fatigados por la resistencia de los caballeros, no están en aptitud de luchar con adversario de refresco, y desde que conocen la necesidad de una batalla comienzan sus preparativos de retirada. Mudan luego de consejo, al cabo de cinco días, y vuelven a echar en tierra de siete a ocho mil hombres de sus mejores fuerzas (8), que los arcabuceros españoles rechazan hacia el mar haciendo en ellos gran matanza.

El 15 de setiembre vuelve don García con más tropas, y a pesar de un éxito tan rápido no deja de tener inquietudes. Teme la vuelta ofensiva de los turcos sobre los desmantelados fuertes de Nápoles y la Goleta, y durante todo el otoño y el invierno siguiente no se da punto de reposo haciendo reparar muros y acaparando víveres. La isla parecía tan poco segura que hubo de pensar el gran maestre en evacuarla para instalar sus caballeros en Siracusa. Pero escribe don García (9): No es plaza esta para dejar que se establezca en ella un francés con tantos franceses; fuera de esto, añade, la Valette no tiene bastante agradecimiento, y querría, como francés, atribuir a su orden el principal mérito de la defensa (10). Todos los esfuerzos debían concentrarse en los trabajos de fortificación de Malta y la Goleta, porque don García de Toledo consideraba la Goleta como una plaza muy expuesta, y decía: «La tengo por plaza muy peligrosa y si como ahora está reci-

(1) *Doc. inéd.* pág. 305.

(2) *Doc. inéd.* pág. 466. Fray Pedro de Amesquita a don García.

(3) *Ibid.* Don Sancho de Londoño a don Gabriel de la Cueva. «Pocos marineros de los que van en esta armada se acuerdan de otra más tempestuosa de viento, agua, truenos y relámpagos.»

(4) *Doc. inéd.* pág. 484.

(5) *Doc. inéd.* pág. 485.

(6) *Ibid.* pág. 505.

(7) *Ibid.* pág. 509 a 519.

(8) *Doc. inéd.* pág. 528.

(9) *Ibid.* tom. XXX, pág. 13, del 26 de noviembre de 1565.

(10) *Doc. inéd.* tom. XXIX, pág. 545.

biera la tercia parte de la batería que han dado en Malta, fuera certísimo perdida... los parapetos de las murallas serian en breve comidos de la artillería» (1). ¡Serenidad bien notable en la embriaguez del triunfo! Estas inspiraciones fueron comprendidas por el rey, quien todo el invierno estuvo enviando víveres á Nápoles y la Goleta (2) mientras el ingeniero Gabrio Cervelloni dibujaba los planos de nuevas obras de defensa (3).

Don García no fué destituido como se ha dicho (4). Quebrantado por los trabajos de aquel año memorable, pudo consagrar todavía los que le quedaban de menguada salud á los preparativos de nuevas expediciones contra los turcos (5). Pero Felipe II, siempre tardío en sus resoluciones, no supo aprovecharse de la fuerza

(1) *Doc. inéd.* tom. XXIX, pág. 532.

(2) *Ibid.* tom. XXX, pág. 149.

(3) *Ibid.* pág. 205.

(4) El abate Vertot y Prescott.

(5) La Valette, quebrantado igualmente, murió dos años despues, el 21 de agosto de 1568.

moral que le daba la liberacion de Malta. A dicha ¿dió fe á los pronósticos de un astrólogo, muy acreditado en la corte, el cual aseguraba en enero de 1566 que serian destruidos los turcos ántes de marzo? (6) No puede asegurarse; pero Piali abasteci6 otra vez tranquilamente su escuadra y sali6 del Cuerno de oro á principios de mayo (7), con fuerzas tan formidables como el año precedente. En vano llamó el papa en su ayuda las galeras de España (8): Felipe II dejó asolar las costas de Italia (9) y en algun tiempo no quiso ocuparse de los otomanos, limitándose á enviar el año siguiente doscientos mil ducados al emperador para defender á Hungría (10).

(6) Ms. Rec. of. Phayre to Cecil, 20 enero 1566. «There is an astrologer that as great credit in the court because he has happened to be right in three or four times, and now he finds that the Turk shall die before march.»

(7) *Doc. inéd.* tom. XXX, pág. 242.

(8) *Ibid.* pág. 344.

(9) Cabrera, tom. I, pág. 472.

(10) Ms. Arch. nac. K. 1505, pieza 2 del legajo n.º 1.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

España y Europa hasta la marcha de D. Juan de Austria á los Países Bajos

CAPITULO VIII

LAS RIQUEZAS DE LOS PAISES BAJOS

PROSPERIDAD DE LA BURGUESIA.—CONTRASTE CON LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.—ESPÍRITU LIBERAL DE LA ARISTOCRACIA

I.—Prosperidad de la burguesía

Ningun pueblo era más feliz que los Países Bajos, á mediados del siglo xvi. Tan industriosos y buenos navegantes como los italianos, los flamencos no estaban abrumados de impuestos ni molestados por las guerras ni por las ambiciones de los Estados vecinos. «No habia bajo el firmamento país más abundante en riquezas: no puedo contener las lágrimas al verlo precipitado desde la cumbre de la felicidad á una extrema ruina y desolacion (1).»

Esta ruina fué sábiamente preparada y artísticamente consumada por el mismo soberano que tenia la fortuna de reinar sobre aquellas prósperas ciudades. Felipe II, que no admitia ninguna institucion al lado de su poder real, ninguna industria fuera de sus reglamentos, miraba como enemigos á aquellos banqueros que le prestaban dinero, á aquellos burgueses alistados en milicias nacionales, á aquellos navegantes que no le pedian proteccion. Amberes tenia doscientos mil habitantes (2), un comercio «que podia compararse con el de Venecia,» segun la frase de un agente veneciano (3); celebraba dos ferias anuales que duraban veinte dias y á las que acudian comerciantes del mundo entero; su Bolsa, donde reinaban las casas alemanas de Fugger, de Velsen y de Ostett, y las lombardas de Gualterotti y de Bonvisi, era un centro de operaciones financieras y de noticias

(1) Pont. Payen, *Memorias*, tom. I, pág. 23.

(2) Antes de 1550. V. P. Griffet, *las Delicias de los Países Bajos*, tom. I, pág. 219.

(3) Relaz. ven. Marino Cavallo, 1551.

políticas, de que no hay ejemplo sino en nuestro siglo; los principales negociantes de Inglaterra, de Portugal, de Italia, de la Hansa y áun del Levante, tenian allí establecidas sus agencias para asegurar el giro de letras y el cargamento de los barcos.

Bruselas, que tenia setenta y cinco mil habitantes, debia su prosperidad á la industria lanera. «Los de Bruselas habian abierto colinas y campos y caminos y hecho cuarenta esclusas» (4) para llevar embarcadas las lanas necesarias á sus tejedores y tapiceros y para trasportar sus telas y tapices á toda la Europa y al Levante. Valenciennes era dos veces más populosa que hoy. «Alabaré su circuito, decia uno de sus burgueses (5), sus arrabales, sus grandes palacios, sus hermosas calles, llenas de damas y galanes, las riquezas y opulencia de nobles, burgueses y mercaderes.» Gante, con sus setenta mil habitantes, sostenia quinientos barcos que llevaban á Noruega paños y telas, y traian maderas; veinte bajeles que iban á Moscovia á cargar riquísimas pieles de todas clases, y grandes cantidades de grasa de ballena, con lo que vuelven yendo la mayor parte á Venecia (6). Otros marinos de Gante iban á Guinea á cargar sal «que encuentran en la costa como si fuera una piedra gris requemada por el sol, y á Angola, donde su carga es costosa, cucharas, agujas y otras mercerías de Nurenberg y de Francia; por las mercerías los padres dan sus

(4) Meteren, *Historia de los Países Bajos*.

(5) Ms. Bibl. Valenciennes, n.º 617, estr. Cartier. *Valenciennes y el rey de España*.

(6) Ms. Bibl. nac. franc. 23576.